



OBISPO AUXILIAR DE CARTAGENA

Fiesta de la Virgen de Lourdes – Jornada Mundial del Enfermo Hospitalidad Murciana de Nuestra Señora de Lourdes

Saludo a mis hermanos sacerdotes, especialmente al consiliario de la Hospitalidad, D. Luis Emilio Pascual, y al viceconsiliario, D. Francisco José Azorín.

A todos vosotros, hermanos hospitalarios, querido presidente, que hoy celebráis un día muy señalado de vuestro calendario, pues celebramos a Aquella que os reúne como una gran familia, la Hospitalidad de Lourdes.

Queridos enfermos, que estáis presentes en esta celebración y que nos acompañáis a través de Popular Televisión, los que estáis en casa u hospitalizados, mi cercanía y mi deseo de unirme espiritualmente a vuestro sufrimiento. Os expreso a cada uno la solicitud y el afecto de la Iglesia.

Hermanos todos.

El Señor, para realizar su plan de salvación, manifestando su compasión por nuestra debilidad y fragilidad, y para que su Hijo entrara en el mundo y se hiciera uno de nosotros, para redimirnos, eligió a María. A una joven de nuestra raza, de un pueblecito de Israel, de donde dijeron alguna vez: «Qué puede salir de bueno de Nazaret». Sin embargo, allí estaba Ella, quien el Señor había predestinado desde toda la eternidad y que no podía tener, para poder ser la madre del Salvador, ninguna connivencia con el pecado y por eso el Señor la preservó de la mancha del pecado original, la Inmaculada Concepción, y hoy la celebramos en su advocación de Lourdes.

Cuatro años después de que el papa Pío IX proclamara el dogma de la Inmaculada Concepción, esta hermosa Señora se aparece a Bernardita y ella le pregunta su nombre, por indicación del párroco y le dice: «Yo soy la Inmaculada Concepción», es decir, la que ha sido concebida sin la mancha de pecado original.

Tenía que ser así, Dios no podía habitar en una persona que tuviera impureza, que tuviera pecado, lo reclamaba la grandeza y la dignidad de Aquel que se anonadó y se hizo nada para venir al mundo y salvarnos.

Por eso, siempre tenemos que tener este corazón inmensamente agradecido al Señor, porque nos ha traído la salvación a través de la Virgen, a través de María la Madre de Dios y Madre nuestra. Por eso también Dios, para que su obra redentora continuara en el tiempo, nos dejó la Iglesia y nos dejó a María como Madre de la Iglesia y Madre de todos nosotros allí en la cruz.

María se ha ido manifestando a sus hijos de diversos modos. En esas revelaciones, como en Lourdes, siempre María vuelve a recordar las cosas esenciales de la vida y nos vuelve a recordar la necesidad de la conversión y de la penitencia, nos vuelve a recordar la

necesidad de rezar especialmente el Santo Rosario, pero nos muestra también su cariño, su afecto y su compasión, siendo poderosa intercesora para concedernos las gracias que necesitamos, para traernos alivio a nuestras fatigas, a nuestros sufrimientos, a nuestros dolores, a nuestras enfermedades, a nuestros cansancios.

Por eso, nuestro corazón siempre tiene que estar agradecido al Señor por el don de la vida, por el don de María. Ella como Madre reúne a su pueblo, nos reúne a su familia en esta celebración donde hemos venido cada uno de nosotros con nuestra historia, con nuestra pena, con nuestra acción de gracias, con nuestro dolor y con mucha esperanza a rogarle a nuestra Madre, especialmente ante la situación de sufrimiento que vivimos, como consecuencia de esta pandemia.

En este día, la Iglesia celebra la Jornada Mundial del Enfermo, instituida por el santo Papa Juan Pablo II. El lema, que lleva dicha campaña, es *Cuidémonos mutuamente*. Este día, nos tiene que ayudar a tomar conciencia de la mutua responsabilidad y la necesidad de cuidarnos y acompañar la enfermedad y la soledad en tiempos difíciles. La Iglesia, a través de esta jornada, nos invita a ser sensibles ante la importancia del servicio pastoral en el vasto campo de la salud, servicio que es parte integrante de su misión, pues se enraíza en la misma misión salvadora de Cristo. La atención al enfermo, no es únicamente una atención profesional, algo que se realiza con un espíritu de servicio, un deber, sino que se trata de una ayuda en su totalidad a uno de nuestros hermanos.

Queridos hermanos enfermos, sois los verdaderos predilectos de Jesús. Él vivió rodeado de enfermos que acudían a Él para ser curados. ¿Qué veía en ellos? Veía la grandeza de la persona humana, de los hijos de Dios reducidos a una situación de debilidad y de incapacidad. Veía corazones humildes, purificados por el sufrimiento, necesitados de una especial ayuda del amor misericordioso de Dios, dispuestos a recibir con humildad y gratitud la gracia y la bendición de Dios. La predilección de Jesús por los enfermos manifiesta mejor que otras cosas la verdadera naturaleza del amor con el que Dios nos ama, un amor gratuito, desinteresado, perseverante, que no busca ninguna retribución, sino que nos ama por pura generosidad.

Jesús anuncia la presencia y la bondad de Dios curando y consolando a los enfermos. Y la Iglesia tiene que seguir haciendo esta obra de buen samaritano que es la obra predilecta del Señor. Los cristianos tenemos que pararnos, apearnos de nuestras cosas y de nuestros intereses, detenernos en el camino para ocuparnos de los hermanos enfermos que están al borde del camino y en los cuales nadie quiere fijarse ni detenerse.

Querida Hospitalidad, vosotros lo hacéis, en nombre de la Iglesia entera, en nombre de Jesús, con la Virgen estáis junto a la cruz de Jesús, junto a la cruz de tantos hermanos y hermanas que sufren el dolor y la humillación de la enfermedad. Sois un instrumento eclesial, a través del cual Dios busca al enfermo, lo alcanza allí donde el rechazo de la comunión le ha encerrado en el aislamiento y en la división, le llama a reunirse en torno a la mesa de la fraternidad. Con vuestras actividades, especialmente la peregrinación anual a Lourdes, a ese encuentro especial con la Madre, y todo lo que esto conlleva, el momento del sufrimiento, que podría conllevar al desaliento y a la desesperación, lo transformáis en tiempo de gracia para la recapacitación y reflexión sobre la propia vida. Con vuestra cercanía y vuestro amor les estáis demostrando que Dios los ama todavía más, que, aunque no puedan hacer muchas cosas, siguen siendo personas importantes,

que no estorban, que tienen posibilidad de vida y de disfrutar del calor fraternal que les dais.

Y ellos, también, cumplen con su misión de reciprocidad, de “cuidarnos mutuamente”. Pues, vosotros queridos enfermos, nos mostráis el amor y la bondad de Dios, nos demostraríais, a este mundo orgulloso, la debilidad del hombre y la necesidad que tenemos de Dios, la esperanza en un Dios misericordioso que nos acompaña con su amor más allá de la enfermedad y la muerte, dándonos la vida eterna.

Queridos voluntarios, queridos hospitalarios, la Iglesia os necesita y os pone como ejemplo de donación a los más necesitados. Gracias por vuestra entrega, por vuestro servicio, por vuestra alegría que da vida, por vuestro testimonio que es esperanza, en un mundo ensombrecido por el dolor.

Pidamos a María, Madre de misericordia y salud de los enfermos, Nuestra Señora de Lourdes, que nos muestre su maternal comprensión, vivida junto a su Hijo agonizante en la cruz, que acompañe y sostenga la fe y la esperanza de cada persona enferma y que sufre en el camino de curación de las heridas del cuerpo y del espíritu.

+ Sebastián Chico Martínez
Obispo auxiliar de Cartagena